

Pablo Servigne, Raphaël Stevens
y Gauthier Chapelle

**OTRO FIN DEL MUNDO
ES POSIBLE**

Traducción de Jordi Giménez Samanes

Prólogo de Dominique Bourg

Epílogo de Cyril Dion

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN. APRENDER A VIVIR CON ELLO	17
PRIMERA PARTE. VOLVER A LEVANTARSE	
I. Soportar las ondas de choque	41
II. Recobrar el sentido	63
III. Seguir adelante	79
SEGUNDA PARTE. DAR UN PASO A UN LADO	
IV. Integrar otras maneras de saber	99
V. Abrirse a otras visiones del mundo	121
VI. Contar otras historias	141
Interludio. Una puerta de entrada...	160
TERCERA PARTE. COLAPSOSOFÍA	
VII. Entretejer vínculos	171
VIII. Crecer y pacificar	198

CONCLUSIÓN. ¿APOCALIPSIS O <i>HAPPY COLLAPSE</i> ?	229
EPÍLOGO	241
AGRADECIMIENTOS	247
NOTAS	251

*A los supervivencialistas, colapsonautas,
zadistas y otros activistas de la Tierra,
por no perder el valor.
A Joanna Macy, Ursula K. Le Guin
y Constance de Polignac.
A Antoinette R., Laurie L.-M. y Géraldine R.
A Hugo, Antoine y David S. Buckel.
Al micelio que crece...*

«Hay cosas que solo se ven como es debido
con unos ojos que han llorado».

HENRI LACORDAIRE

«Hoy día, la humanidad es como un soñador ambulante,
atrapado entre los fantasmas del sueño y el caos del mundo
real. [...] Hemos creado una civilización *Star Wars*, con una
emotividad de la edad de piedra, unas instituciones medievales
y una tecnología deificada. [...] Nos turba terriblemente el
mero hecho de existir, y representamos un peligro tanto para
nosotros como para los demás seres vivos».

EDWARD O. WILSON¹

«Era preciso que cambiáramos por completo nuestra
actitud hacia la vida. Teníamos que aprender por nosotros
mismos, y además teníamos que enseñar a quienes eran
presa de la desesperación que lo importante no era lo que
esperáramos de la vida, sino lo que aportáramos a la vida. En
lugar de preguntarse si la vida tenía sentido, había que pensar
que nos correspondía a nosotros darle un sentido a la vida,
cada día y cada hora».

VICTOR FRANKL²

«No creo que podamos corregir nada del mundo
exterior que no hayamos corregido antes en nosotros».

ETTY HILLESUM³

«No era tanto un retorno a la tierra como a nosotros
mismos. Una experiencia espiritual. Era para sanar, para
redescubrirse y afirmarse».

TEE CORINNE⁴

«Dices que no hay palabras para describir esta época,
dices que esta no existe. Pero acuérdate. Haz un esfuerzo
por acordarte. O en su defecto, inventa».

MONIQUE WITTIG⁵

PRÓLOGO

Me gustaría evocar un recuerdo de lectura a cuyo origen me es imposible remontarme. Nos encontramos en la Provenza galo-romana, hacia finales del siglo IV. Un patricio, propietario de una gran hacienda, vive con orgullo el poder de Roma. La misma campaña de excavaciones nos informa de que, poco tiempo después de que su propietario haya dejado constancia escrita de su orgullo de pertenecer al Imperio, la villa y sus moradores fueron víctimas de una incursión bárbara. Al parecer, los asaltantes lo celebraron con grandes fiestas, en el lugar mismo, y brindaron por su crimen con el cráneo del antiguo amo de la finca. Quizá sea el lado siniestro de esta historia lo que me impide seguirle el rastro.

Sea como fuere, las élites de entonces, como las de hoy, hacían gala de una mezcla de arrogancia e ingenuidad, junto con un cinismo desbocado. Como hoy, el fin del Imperio conoció un vertiginoso ascenso de las desigualdades. Concedamos, no obstante, que después de siglos de *pax romana*, debía de ser difícil de imaginar algo así como el fin del Imperio. Al igual que a nosotros nos resulta difícil de admitir que, después de siglos de «progreso», la civilización termoindustrial y sus elevadas tasas de crecimiento puedan desmoronarse.

Lector, si has abierto este libro, será que la intuición de un colapso así no te resulta extraña. Yo también la comparto, e incluso estoy convencido de que hemos entrado ya en una dinámica de colapso cuyas manifestaciones morales y políticas son tangibles y lo serán en adelante. En estos años, es un poco el mismo perfil psicológico de dirigente el que tiende a hacerse con el poder, jugando con los miedos y el odio, atizándolos con talento. Odioso y pretencioso a voluntad, embustero y perverso, destructor uno tras otro de los diques que protegen a sus compatriotas de la violencia del mundo, tanto física como moral, Trump es el parangón de estas nuevas élites dirigentes. Buen número de estos representantes han sido elegidos por votación y acaparan la admiración de determinado tipo de multitud. De este modo, la catástrofe y la dinámica que la conduce son morales antes que físicas. Como en la canción de Serge Reggiani, los lobos, demasiado humanos, han entrado en París porque ya estaban dentro, hasta tal punto el sentido de fraternidad había abandonado la ciudad. La violencia moral precede a la violencia física y la alimenta, pero sobre todo nos ciega y nos deja inermes ante las amenazas físicas anunciadas por la entrada en el Antropoceno.

De ahí justamente la importancia de este libro de Pablo Servigne, Raphaël Stevens y Gauthier Chapelle. La fiesta industrial pronto habrá terminado. Numerosos desafíos vitales, de diferente orden, volverán a ocupar el escenario. El fin de este mundo, y más aún los mundos que surgirán de él, dependerán estrechamente de los vínculos que consigamos establecer y del imaginario que logremos inventar para el futuro más próximo. De modo que este libro es muy valioso, en este sentido. No es un tratado de colapsología, sino de colapso-sofía. No tiene por finalidad convencernos de un probable colapso —tal ejercicio ya se ha cumplido—, sino de prepararnos interiormente para afrontarlo, y en cierto modo para

superarlo, y ello preparando desde ahora mismo el después, el mundo que, de entre otros mundos posibles, sea conveniente reconstruir sobre principios nuevos.

Habremos conducido a la ruina un amor inmoderado por el Uno, una obstinación por el simplismo en nuestro modo de abordar la realidad. Únicamente el progreso (¿cuál?), la ciencia (¿la de Bayer-Monsanto y sus protocolos *science based*?), el cálculo, el PIB, el crecimiento, la competitividad, la eficacia, el dominio de la materia (¿a qué escala y por cuánto tiempo?), el capital, la libertad (¿cuál?, ¿de quién?, ¿para qué?), la humanidad (¿sola en un mundo mineral?) debían permitirnos construir el Edén aquí abajo. El mundo moderno habrá sido el de los eslóganes unívocos, un mundo de una simplicidad extrema: lo importante era crecer, sin ninguna otra consideración, desmarcarse de la naturaleza, individualizarse, automatizarse a todos los niveles, ir siempre más deprisa y más lejos... hacia un mundo en el que terminamos por temer la llegada del verano por miedo a asfixiarnos, a ser víctimas de algún acontecimiento extremo; un mundo en el que ver volar un escarabajo Hércules se ha convertido en un fenómeno, en el que las ciudades terminan por constituir refugios de biodiversidad debido al nivel de degradación del campo, en el que las ciencias que todavía intentan comprender el mundo sin querer simplificarlo más aún (las ciencias del clima, de la biodiversidad) dibujan unos horizontes de pesadilla, etc.

¡Basta! Dejemos de rodar por la pendiente de esta modernidad deletérea. Opongámosle nuestra interioridad, nuestras emociones y pasiones, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestras redes, nuestra inteligencia y nuestra creatividad. Aprendamos de nuevo a abrazar los meandros de la, o mejor dicho, de las realidades. Aprendamos de nuevo que nuestro mundo es más que aquello que podemos dominar, aunque sea por procuración, o incluso simplemente comprender. Seamos capaces de revitalizarnos con las sabidurías del mundo, sin

remedarlas, sin tener miedo de inventar. Sepamos cultivar la y las espiritualidades que nos permitan mantenernos de pie en medio de la tempestad inminente y reconstruir una casa común y abierta.

DOMINIQUE BOURG
Profesor emérito de Filosofía
en la Universidad de Lausana

INTRODUCCIÓN

APRENDER A VIVIR CON ELLO

Parece como si ya no hiciera temblar tanto. La idea de que las catástrofes globales están en marcha está cada vez más admitida hoy día, así como la idea de que tales catástrofes traen consigo la posibilidad de un colapso sistémico global.

Conmociones gigantescas como las de Fukushima, las sucesivas oleadas de refugiados en Europa, los atentados terroristas de París y Bruselas, la desaparición masiva de pájaros e insectos, el voto a favor del Brexit y la elección de Trump han agrietado seriamente el imaginario apacible de continuidad que tranquilizaba a tantas personas.

Uno de los frenos a la pérdida de complejos en torno a esta idea de colapso es la imagen caricaturesca que nos hacemos de ella. Al evocarla, nos vienen a la mente escenas de las películas de catástrofes hollywoodienses, que promueven la visión de un acontecimiento puntual e ineluctable que aniquila de golpe todo cuanto conocemos. Tememos ese momento como tememos, al pensar en nuestra propia muerte, el instante del traspaso.

Esto es tanto como olvidar que lo peor de la muerte es sobre todo experimentarla por anticipado, el hecho de ver morir a los demás, o de ver el propio sufrimiento en los ojos

del prójimo. El colapso de una civilización no es un acontecimiento (es decir, una catástrofe), sino una concatenación de acontecimientos catastróficos puntuales (huracanes, accidentes industriales, atentados, pandemias, sequías, etc.) con un trasfondo de cambios progresivos no menos desestabilizadores (desertificación, desajuste de las estaciones, contaminación residual, extinción de especies y de poblaciones animales, etc.).

Contemplamos el colapso de la civilización termoindustrial (o incluso más que eso) como un proceso geográficamente heterogéneo que ya ha comenzado, pero que todavía no ha alcanzado su fase más crítica, y que se prolongará con una duración indeterminada. Es algo lejano y cercano a la vez, lento y rápido, gradual y brutal. No afecta tan solo a acontecimientos naturales, sino también (y sobre todo) a confrontaciones políticas, económicas y sociales, así como a hechos de orden psicológico (a modo de convulsiones en la conciencia colectiva).

No se trata tampoco de una predicción al estilo de Nostradamus, ni de la enésima razón para justificar una actitud pasiva o nihilista. No es una moda, ni una nueva marca. Por el contrario, podría tratarse de un periodo al que los historiadores o los arqueólogos de los siglos venideros se referirán y considerarán como un todo coherente, o del que las especies inteligentes del futuro hablarán como de un acontecimiento muy puntual de la historia.

Para los lectores que piensen que cargamos las tintas para llamar la atención, baste recordar lo que decían dos climatólogos en 2011 con ocasión de una conferencia en Oxford a propósito de los objetivos climáticos del siglo (tengamos en mente que las emisiones de gases de efecto invernadero son directamente proporcionales a la actividad económica). He aquí sus recomendaciones: «Los países emergentes deben disminuir sus emisiones de gas de efecto invernadero a

partir de 2030, y mantener esa disminución a razón de un 3 % anual. En cuanto a los países desarrollados, deben alcanzar su pico de emisiones en 2015, para reducirlas en un 3 % por año». ¹ Si se alcanzan estos objetivos tan ambiciosos (y tenemos ya suficiente perspectiva como para afirmar que no ha sido así), el mundo tendrá *una oportunidad entre dos* de mantenerse por debajo de +4 °C de media en 2100... lo cual es ya monstruosamente catastrófico a escala global. En 2017, las sociedades BP y Shell preveían (internamente, sin informar de ello a sus accionistas y menos aún al público) alteraciones del orden de +5 °C de media para 2050. ²

En la historia reciente, no existe ningún caso en que una sociedad haya sido capaz de bajar sus emisiones en más de un 3 % en un periodo de tiempo muy breve. Tal disminución provocaría, en efecto, una recesión económica inmediata, o bien sería el resultado de un desmoronamiento como el de la Unión Soviética a principios de los años noventa, o el de Venezuela en la actualidad.

Para los otros seres vivos, «además de los humanos» (la fauna, la flora, los hongos y los microorganismos), es la hecatombe: hay poblaciones que no dejan de retroceder, y en el caso de algunas especies, han desaparecido para siempre. Poblaciones como las de los anfibios, los insectos y las aves del campo, los arrecifes de coral, los mamíferos, los grandes peces, los cetáceos... El último rinoceronte blanco del norte se ha extinguido recientemente, sumándose así a la lista de animales imaginarios que ilustran los cuentos que se leen a los niños por la noche.

EL CAMBIO DE RUMBO DE ESTOS ÚLTIMOS AÑOS

Las cifras en torno a las catástrofes son todas ellas fácilmente accesibles, por lo que el objetivo de este libro no es el de

añadir más. Lo que nos interesa es el cambio de actitud de la sociedad y su concienciación en estos últimos años.

Un punto de referencia: en 1992, en la Cumbre de Río de Janeiro, más de mil setecientos científicos firmaban un texto común que alertaba a la humanidad acerca del estado del planeta.³ En aquella época se trataba de algo nuevo, e incluso molesto, por lo que otros dos mil quinientos científicos respondieron advirtiendo a la sociedad ante «la aparición de una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial».⁴ Veinticinco años más tarde, 15.364 científicos de ciento ochenta y cuatro países firmaban un artículo conjunto que explicaba que, si no se tomaban medidas rápidas y radicales, la humanidad estaba amenazada de extinción.⁵ La carta quedó sin respuesta. Ya no hay debate. Pero ¿cuál es la naturaleza del silencio subsiguiente? ¿Estupor? ¿Cansancio? ¿Desinterés?

Por el lado de las élites dirigentes, las lenguas se sueltan discretamente. En el transcurso de las intervenciones que los tres realizamos en los medios políticos y económicos, nos sorprende el hecho de no vernos ya cuestionados en nuestras afirmaciones. En público, el escepticismo simplemente ha dado paso a la impotencia, y a veces al deseo de encontrar escapatorias.

Por el lado de los más ricos de este mundo, muchos se atrincheran tras sus *gated communities*, esas zonas residenciales de lujo, provistas de sistemas de alta seguridad.⁶ También abandonan las grandes ciudades: en 2015, tres mil millonarios se marcharon de Chicago, siete mil de París y cinco mil de Roma. No todos huyen de los elevados impuestos, muchos de ellos se sienten realmente angustiados por las tensiones sociales, los atentados terroristas, o por las iras de una población consciente de las injusticias y desigualdades.⁷ Como reconocía Robert Johnson, exdirector de los Fondos Soros, con ocasión del Foro Económico de Davos, numerosos

gestores de fondos especulativos compran granjas en países apartados como Nueva Zelanda, en busca de un «plan B», con sus jets privados al alcance de la mano y preparados para el despegue.⁸ Otros, al abrigo de las miradas indiscretas y en todos los continentes, se construyen gigantescos y lujosos búnkeres subterráneos *high-tech* para proteger a su familia de cualquier tipo de catástrofe.⁹

Todo esto ilustra lo que el filósofo y sociólogo Bruno Latour describe como un acto de secesión por parte de una categoría muy acomodada de la población que, consciente de los riesgos y de lo que está en juego, intenta salvar la propia piel sin preocuparse por la suerte del resto del mundo.¹⁰ Retomando su metáfora del avión y las dificultades para aterrizar, podemos decir que hemos entrado en una zona de fuertes turbulencias. Las alarmas se encienden, las copas de champán se vuelcan, la angustia existencial retorna. Algunos abren las ventanillas, ven una noche negra cruzada de relámpagos y vuelven a cerrarlas enseguida. En la parte delantera del aparato, se aprecia a algunas personas de primera clase poniéndose sus dorados paracaídas. Pero ¿qué hacen? ¿Es que van a saltar en medio de la tempestad? Las clases de la zona trasera se vuelven entonces hacia los miembros de la tripulación y les piden paracaídas, sabiendo perfectamente que su solicitud no va a ser atendida. Por toda respuesta, les ofrecen un pequeño refrigerio, les proponen ver una película, artículos *duty free*...

SOBREVIVIR... ¿ESO ES TODO?

Frente a estos anuncios catastróficos, se da la frecuente (y lógica) reacción de empezar a prepararse pensando en los aspectos materiales. ¿Cómo obtener alimentos cuando las tiendas dejen de proveernos? ¿Cómo beber agua potable cuando

el grifo deje de funcionar? ¿Cómo calentarnos sin fuel, gas natural ni electricidad? No es difícil encontrar información sobre estos temas, hay miles de libros disponibles, algunos de ellos en francés.¹¹

En términos generales, el supervivencialismo designa esta «reacción a la ansiedad ambiente»¹² que orienta la preparación para las grandes catástrofes a través de la búsqueda de autonomía, es decir, de independencia con respecto a los sistemas de suministro industrial. Durante los últimos años, este movimiento proteiforme se ha desarrollado de modo fulgurante. Pero el término «supervivencialista» reúne posturas y realidades tan diferentes que cuesta ya de utilizar. Así, con anterioridad a los años ochenta, se designaban como supervivencialistas las comunidades ecologistas afines más bien a la izquierda política que se preparaban para un invierno nuclear.

Hoy en día, el supervivencialismo alude también a personas deseosas de aprender a vivir en un medio natural, o a grupos que buscan una autonomía a través de una postura de repliegue, de rechazo y resentimiento hacia las instituciones oficiales, y/o hacia toda persona extraña que pudiera amenazar su soberanía. Próximos a veces a la extrema derecha, estos últimos no constituyen unanimidad en el seno del movimiento y dañan la reputación del supervivencialismo. Se forma así un círculo vicioso, puesto esta etiqueta se utiliza más para desacreditar que para describir algo, lo cual refuerza más aún la desconfianza y la secesión de ciertos grupos supervivencialistas.

No se trata de realizar en este momento un análisis psicológico, sociológico o histórico del supervivencialismo. Simplemente, la idea que mucha gente se hace de este movimiento, ya caricaturizada, ya estereotipada, permite presentar tres aspectos de nuestro libro, que introducimos aquí a través de diversas historias.

Recordarán a Robinson Crusoe, el protagonista de la novela de Daniel Defoe publicada en 1719. Habiendo perdido el rumbo a consecuencia de un huracán, su navío naufraga en América del Sur, no lejos de la desembocadura del río Orinoco. Se encuentra solo, como único superviviente, en una isla desierta a la que da el nombre de Despair Island, «Isla de la Desesperanza». Contra el infortunio, Robinson consigue construirse una vivienda, confeccionar un calendario, cultivar trigo, cazar, criar cabras y fabricar sus propios utensilios. Los caníbales irrumpen regularmente en la isla para matar y comerse a sus prisioneros. Cuando uno de ellos logra escapar, Robinson lo acoge y se hacen amigos. Había algo que Robinson encontraba a faltar desesperadamente: las relaciones humanas.

La pirámide de las necesidades, llamada pirámide de Maslow, es una teoría de la motivación elaborada en la década de 1940.¹³ Esta teoría señala que las necesidades del ser humano son en primer lugar fisiológicas (hambre, sed, sueño, respiración, etc.); vienen a continuación las necesidades de seguridad, luego las de pertenecer a un grupo y las del amor, luego las de autoestima, y finalmente, en lo alto de la pirámide, las de realización personal. La postura supervivencialista pone el acento fundamentalmente en la base, en los dos primeros niveles de la pirámide (el fisiológico y el de seguridad), a modo de una especie de prolongación lógica y caricaturesca del pensamiento moderno. Podría verse en ella el reflejo de un mundo materialista, individualista, separado de la naturaleza y en lucha permanente, que busca los mejores medios posibles (esto es, materiales) para vivir en un mundo poblado por competidores potenciales y seres vivos de los que en definitiva no se sabe demasiado. En este mundo, el alimento, la leña para calefacción y las armas son evidentemente la vía de salvación.

Comparemos ahora dos fábulas. La primera hace referencia al símbolo de la red supervivencialista francesa, la

hormiga, que es la de la fábula de La Fontaine. La hormiga se pasa el verano almacenando víveres en previsión de los tiempos difíciles, mientras suporta las burlas de las cigarras, que no entienden por qué habría que preocuparse de nada mientras el petróleo siga manando a borbotones... Pero la hormiga aprieta los dientes. Acumula cierto resentimiento y se deleita por anticipado con el placer que le reportará mandando a paseo a esas hordas de cigarras hambrientas (y urbanitas) cuando le imploren, demasiado tarde, el perdón y la piedad. ¡Una venganza bien merecida!

La otra fábula es la de los tres cerditos. Los tres se preparan para la llegada del malvado lobo feroz con mayor o menor rigor, y cada cual con su diferente visión de la amenaza. Cuando el lobo destruye las dos casas más frágiles, los dos primeros cerditos (que han venido a convertirse en cigarras) corren a buscar refugio a la casa de su hermano supervivencialista... que les abre la puerta. Por supuesto, se halla en situación de poder recriminarlos con un: «¡Ya os lo había dicho!», pero ello no les impide compartir acto seguido una comida perfectamente fraterna. ¿Cuál es la diferencia entre las dos fábulas? El sentimiento de fraternidad *antes* de la catástrofe.

Una última historia permitirá dar una capa de color suplementario a nuestra intención. La cuenta nuestro amigo Kim Pasche, que organiza desde hace años estancias de inmersión en la naturaleza. A pesar de sus increíbles competencias, rechaza la etiqueta de supervivencialista, y cuenta con malicia: «Si ponéis a diez supervivencialistas en un bosque durante varios meses, se matarán entre ellos y destruirán el bosque. Si ponéis en el mismo bosque a diez amerindios, no solo el bosque estará más hermoso y será más productivo, sino que además habrán establecido una tribu, una verdadera comunidad de seres humanos que convivirá en estrecho vínculo con los demás seres vivos».¹⁴